

El Marqués de Lunahuaná

Enrique VERASTEGUI

No cultivamos la novela histórica, género de gran demanda en otras latitudes, quizá porque nuestros críticos literarios no le dan demasiado espacio en sus reseñas o, más probablemente, porque nuestra memoria histórica no se acostumbra aún a eschar allí donde ocurren los hechos que se transforman en leyendas y que, con los años, serán la historia a la que nuestros coetáneos vuelvan para encontrar retratados los sucesos que los antecedieron. Así el siglo XX peruano, en lo que se refiere a la novela histórica, parece ser un hueco en los estantes de nuestras bibliotecas y quienes, por uno u otro motivo, quisiéramos enfrentarnos a las hazañas de nuestros antepasados nos encontramos con unos libros falentes en lo que respecta a la memoria de los hechos que nos antecedieron.

Sin embargo, no todo parece estar perdido en esta parte de América si uno se encuentra con las novelas que de un tiempo a esta parte, desde 1960 en que publicó *Los días fáciles* hasta 1995 en que acaba de publicar en Madrid su libro de ensayos *El hilo de la memoria* (Ediciones Libertarias), escribe Carlos Thorne no sólo para provecho de los peruanos sino de todos aquellos americanos que buscan en ese abanico de análisis que es la imaginación un lugar para sus héroes predilectos, los que existen, están en los libros de colegio, incluso forman parte de las leyendas familiares, pero debido más de las veces a cierta inercia americana -o quizá, al hecho traumático de una historia que aún no ha sido perfectamente asimilada por nuestro inconsciente colectivo- no ha sido aún plasmada en el papel, en ese cuadrado de escritura donde ocurren todas

las hazañas y donde el análisis se vuelve materia de refinada indagación sobre los sucesos que nos antecedieron en la historia. Uno de esos libros históricos que, sin lugar a dudas, merece un buen lugar en el espacio siempre auspicioso de nuestras bibliotecas es la última novela que acaba de publicar Carlos Thorne: *El señor de Lunahuaná* (Ediciones Corregidor, Buenos Aires), un libro

**... se lee casi sin respiro,
y con los detenimientos
propios de una sintaxis
que se indaga por la
belleza de la expresión y
el análisis de los hechos
que se van contando.
Esta novela, que puede
leerse como un manual
de defensa de la libertad,
sobre la que se teoriza
bastante, ocurre entre la
Lima de 1811 y 1814**

sobre los avatares, las peripecias, pero también los triunfos de la guerra de independencia en Perú. Se esperaba, desde hacía años, esta novela de Thorne, no sólo por la rancia prosapia del novelista cuyos antepasados contribuyeron a la independencia de Argen-

tina y, en nuestro país, a la fundación de nuestra Marina de Guerra, sino, también porque Thorne es un novelista que a esos fascinantes ramajes genealógicos une una escritura capaz de renovar la novela latinoamericana y hacerla precisamente allí donde se vuelve más fascinante: en el campo de la historia donde nuestro novelista, que ha sido profesor de Ciencias Jurídicas y Políticas en San Marcos, aparte de conferencista permanentemente invitado a universidades americanas y españolas, despliega una imaginación que hace más intensa la historia, volviéndola agradable, atractiva, y necesaria para una moderna generación de escritores -todavía soy joven, claro- que necesita heredar el rico pasado que nos ha hecho grandes precisamente porque, en algún momento de nuestro pasado, una generación de visionarios se la jugaron para que hoy disfrutásemos de la libertad y todos los frutos que ella conlleva.

El Señor de Lunahuaná es una novela que se lee de principio a fin, casi sin respiro, y con los detenimientos propios de una sintaxis que se indaga por la belleza de la expresión y el análisis de los hechos que se van contando. Esta novela, que puede leerse como un manual de defensa de la libertad, sobre la que se teoriza bastante, ocurre entre la Lima de 1811 y 1814, momentos en que todo joven de buena familia que se preciaba de serlo ocupaba su lugar en la historia para emancipar América del tutelaje español.

Por cierto, el héroe, Dionisio de Gaviria, Marqués de Lunahuaná, dueño de cinco haciendas en ese rico valle de la sierra limeña, aparte de otras en el Valle del Rimac, y casas en Monserrate, y profesor de la Universidad, centra su acción en dos móviles que se expresarán a lo largo de la novela: su amor por doña



Rosa, viuda del Marqués de Monte Alegre, Caballero de la Real Orden de Carlos III y primer regente de la Audiencia de Lima, a quien conquista a pesar de la oposición de su padre y el amor por estos reinos de América por la cual lucha para lograr su independencia. Como se comprenderá, para la época, ambos amores son prohibidos y allí, en ese espacio de la transgresión, se construye la novela.

Amores no consentidos por la familia son amores definitivamente peligrosos para el amante. Dionisio de Gaviria, el alter ego de Carlos Thorne, pasa así un sinnúmero de peripecias que lo llevan desde la prisión en las afueras de Lima, donde ocurren todo tipo de lances, hasta el exilio en New York donde, al asistir a las tertulias de los medios libertarios, descubre que "me pareció muy justo que este inteligente sujeto dijese que la base de la democracia está en la propiedad y la educación", al comentar sus conversaciones con Thomas Paine, uno de los líderes de la independentista América del Norte.

Si las experiencias intelectuales son ricas en la novela, también lo son las experiencias amorosas que, por momentos

estremecen, pues el exiliado Dionisio de Gaviria, sin abandonar la figura de su Rosa limeña, y quizá porque su hechizo se lo recuerda, llevado por el ímpetu de su juventud, se enamora de una dama sajona con la que, entre las nieblas de la medianoche y el humor indiferente del frío marido, tiene un hijo. Pero Dionisio de Gaviria es perdonado por la familia de su Rosa limeña y vuelve a nuestra ciudad, sólo para encontrar que Rosa ha decidido ingresar a un convento. A partir de allí, el héroe de la novela decide entregarse por entero a la causa de la emancipación americana y, mientras reprimen la cobardía de un Napoleón que nunca se decidió a apoyar a los insurgentes americanos, mientras se enfrenta al hecho de un Pumacahua que ha decidido rebelarse contra el Rey de España, organiza una rebelión en Lunahuaná que, luego de salir triunfante, marcha sobre la sierra central. Allí Dionisio de Gaviria caerá heroicamente, pero antes, dice el novelista, "sería dejar una gran obra moralizar las costumbres disolutas de la corte de Lima". Esa es también la función de *El Señor de Lunahuaná*, la gran novela que Carlos Thorne escribe para fundar ese género histórico que hacía falta en Perú.